

ARTURO GOBINEAU Y EL MITO DE LOS ORÍGENES

POR

RUBÉN CALDERÓN BOUCHET

Gobineau y su propia leyenda

Decía Jean Boissel en una de las más recientes biografías de Arturo Gobineau que en realidad existen tres Gobineau, si nos limitamos a examinar lo que nos dice el Registro Civil, lo que de sí mismo afirmó Gobineau y aquello que la leyenda en torno a la influencia de los "arios" en el origen de las civilizaciones ha creado para aureolar la personalidad de uno de sus más importantes sostenedores para no decir, directamente, su inventor abusivo.

El Registro Civil es el más parco de todos y si nos atenemos a la precisión de su informe figura en el Acta número 104, fechada el 14 de julio de 1816 en Ville d'Avray, el nacimiento de un niño de sexo masculino "hijo legítimo del matrimonio de Luis de Gobineau, capitán de la Guardia Real, 2.º regimiento de infantería, y de Ana Luisa Magdalena de Gercy, el niño recibió los nombres de José Arturo" (BOISSEL, *Jean Gobineau*, Hachette, París, 1981, pág. 34).

Ya en la partida de nacimiento se deslizan dos partículas, de Gobineau y de Gercy, para designar al padre y a la madre, que la crítica histórica, siempre atendida a la documentación más estricta, reducirá, si no a una invención de los padres de Arturo, a una aplicación, acaso abusiva, a alterar los patronímicos demasiado burgueses con un cierto aire aristocrático que la Restauración de los Borbones, si no necesarios, hacía de buen tono.

Luis de Gobineau era oficial de la Guardia Real y en este carácter se sentía revestido de una cierta nobleza que lo llevó a modificar su apellido Gobineau con una "de" que sin cambiarlo lo hacía un poco más apto para desempeñar su oficio militar. De él se sabe que descendía de un almacenero de Burdeos, bisabuelo de nuestro Arturo y que cumplía en esa ciudad junto con su oficio de "Épicier", el de "Consejero del Rey en el Parlamento de Burdeos". Murió en esa misma ciudad en el mes de marzo de 1769 y dejó como herederos a sus dos hijos: Juana y Thibault José Gobineau" sin ninguna "de". Este Thibault José, padre de Luis, fue abuelo de Arturo y murió en Burdeos el 15 de febrero de 1798. Sabemos que había malgastado su herencia con prodigalidad, pero que esta natural consecuencia del despilfarro fue convertida por sus sucesores en una confiscación que habrían hecho los terroristas del 93 en perjuicio de un viejo servidor de la monarquía. Como no se presta nada más que a los ricos, no fue difícil para nadie aceptar esta afirmación. Desgraciadamente los historiadores parecen haber alimentado un especial propósito de despojar a Gobineau no solamente de sus pretensiones nobiliarias, sino también de esa inocente manía de presentarse como una víctima del gran robo revolucionario. Antes que la historiografía científica metiera baza en este pintoresco asunto del linaje de Arturo Gobineau, Maxime du Camp en sus *Souvenirs Littéraires*, publicados en 1882, admitía que Gobineau era hijo de un "antiguo oficial de la Guardia Real", pero reconocía también que en el grupo donde actuaba nuestro hombre "se jugaba fácilmente a ser noble y aquél que no tenía blasones, se fabricaba unos a su gusto". Y añadía esta nota, sugerida quizá por un reclamo del mismo Gobineau: "que todo cuanto toca al origen de Gobineau es falso. Salió de muy abajo. Su madre sufrió una condena infamante y él vivió de una pensión que le había legado un tío de Bordeaux que era almacenero ("épicier"). Tenía la locura de la nobleza, primero se puso una "de" y luego adoptó el título de Conde. En la diplomacia era el secreto de Polichinella y todos se reían" (*op. cit.*, págs. 36-37).

En estas líneas, nacidas de la pluma y la malicia de Maxime du Camp, aparece la madre de Gobineau como habiendo sufrido

una condena infamante. ¿Quién era Ana Luisa Magdalena de Gercy? ¿Era su partícula de mejor origen que la de su esposo Luis de Gobineau? Nacida en París el 24 de abril de 1791, fue dama de honor de Paulina Bonaparte gracias a la intervención oficiosa de un padrino, Regnault d'Angely, de quien existe la vehemente sospecha que era más que un recomendador oficioso. Tenía diecinueve años cuando se casó con Luis que, como todos los hombres destinados a ser engañados, se sentía atraído por una mujer que le haría cumplir con su destino inevitable. Lo reconoce en sus *Mémoires* cuando escribe "que quería una gran libertad y para ella el matrimonio era un medio para alcanzar esa libertad". Se instalaron en París y no en Burdeos como hubiera sido la voluntad del marido.

Luis de Gobineau reunía todas las condiciones requeridas para justificar las desdichas de su matrimonio: era torpe en los negocios, débil en el trato con su mujer y de una delicadeza que puede calificarse como estúpida en todo lo que fueran relaciones con el mundo. Más o menos para el nacimiento de Arturo, 1816, la separación se hizo inevitable y Ana Luisa, desprendida de todos los lazos que la ataban a un hogar, buscó su destino tratando de acordarlo con su temperamento aventurero. Su segunda hija, Alix, murió muy pequeña y la tercera, de nombre Caroline, nacida en 1820, le fue atribuida al Conde Charles de Clarac, conservador en el museo del Louvre. La última, Susana, no fue reconocida por Luis de Gobineau y era fama que había nacido de la relación de su madre con Charles Sotin de Coindière. Nuestra "Egeria" amaba las partículas y aunque infiel a sus poseedores titulares, no lo era al linaje.

Gobineau sintió siempre como una afrenta personal la poco recomendable historia de su madre. Para quienes han leído *Caroline Chérie*, de Cecil Saint Laurent, hallarán en el cuadro de época trazado por su autor, el historiador y novelista Jacques Laurent, el clima espiritual donde nació y se crió nuestra Ana Luisa Magdalena de Gercy. El parentesco es tanto más sensible cuando se sabe que la madre de Gobineau escribió una suerte de memoria novelada que llamó *Une vie de Femme*, publicada en 1835 cuando contaba solo cuarenta y cuatro años y aún no había entrado en el capítulo de sus aventuras más sórdidas.

El infortunio de Luis de Gobineau y la marcada tendencia de Ana Luisa a no poder pasarse sin dinero, la condujeron, acaso bajo la inspiración de su amante titular, Charles Sotin de la Coindière, a entrar en el negocio de falsificación de billetes y otros cuentos no menos prohibidos para satisfacer su voracidad. También en esta oportunidad los historiadores han pasado sobre la leyenda trazada por Arturo y no han parado hasta dar con la *Gaceta de los Tribunales*, donde aparece una corta etopeya de la "Dame de Gercy" que da cuenta de sus principales méritos: "Todas sus víctimas han creído sus cuentos, sus novelas... Ya Condesa de Gercy, Condesa Badouska, viuda de Gobineau, señora Schröderer, ha sabido tomar los títulos y las cualidades más propias para inspirar confianza y presentarse bajo un fasto ilusorio sin mostrar su verdadera situación ..." (*op. cit.*, pág. 51).

Pasó un largo tiempo en la prisión para mujeres de "Clermont Bauvaisis", de donde fue liberada el 17 de febrero de 1848. En ese interin, Arturo, que había entrado de muy buen paso en la vida mundana de París, no osó hablar más de su madre, y este silencio, que fue una condena, se proyectó a toda la familia.

Arturo de Gobineau —dejémoslo con la partícula que mereció tanto por sus condiciones como por su facundia— se comenzó a preocupar por sus orígenes desde muy joven y la leyenda de un antepasado "vikingo" nació en su fantasía mucho antes de escribir su novela *Histoire d'Ottar Jarl*, que trató de hacerla pasar como una auténtica genealogía de propia estirpe.

Hay un párrafo, en el Prefacio, que sirve de introducción a la segunda edición de su *Essai su l'inégalité des Races humaines*, que Boissel considera particularmente revelador: "Desde el primer día en que reflexioné, y lo hice desde muy joven, estuve ávido por conocer mi propia naturaleza... Pero estimé que no podía hacerlo bien sin conocer el medio en que había vivido y que en parte me atraía y en parte me rechazaba con igual violencia pasional".

Por muy independiente que haya sido el pensamiento de Gobineau con respecto a las modalidades espirituales de su época, no ha dejado de sentir una cierta influencia de los estudios sobre genética y sobre las leyes de la herencia. Una seguri-

dad semejante a la que llevó a Zola, algunos años más tarde, a escribir sus novelas sobre los Rougon-Macquart, hizo pensar a Arturo de Gobineau que tanto sus gustos aristocráticos como su profunda repugnancia por el igualitarismo democrático de la Francia republicana, tenían su explicación en el atavismo. El razonamiento era sencillo: "Si no pienso como un burgués de este siglo, si no siento ninguna simpatía por sus gustos y por sus instintos, es que hay algo en mí que se opone: mis propios instintos y mi propia herencia" (*Ibid.*, pág. 29).

Ottar Jarl nacía totalmente armado de esta inferencia. Convertirlo en el antepasado de Hugues de Gournay, hacer de Gournay de Gauvain y sacar de este nombre los patronímicos Gobinet, Gobinot y Gobineau, fue cuestión de un poco de industria etimológica y de aplicación forzada y reforzada por una inclinación invencible a la mitomanía que le venía, probablemente, de Ana Luisa de Gercy.

Por supuesto, llamarse "de Gobineau" y no ser por lo menos Conde, era algo que Ottar Jarl no hubiera perdonado nunca a un sucesor tan bien dotado para el cargo como Arturo. Se dice que la idea del título surgió en la mente de un viejo doméstico que, habiendo servido al capitán de los guardias reales, no quería que el descendiente, aspirante nada trivial a la carrera diplomática, careciera de una corona condal que otros ostentaban, tal vez con más derecho, pero con menos méritos que el joven Arturo.

A un Conde le hacía falta un castillo y Gobineau lo tuvo, fue el viejo castillo de Trie en Oise que compró en 1857 y al que vendió veinte años más tarde para enfrentar algunas de las deudas que su mujer, Clemence Monnerot, había contraído con pródiga imprudencia.

Existe una anécdota, en materia de castillos, que revela con meridiana claridad la inspiración mitománfaca de Gobineau: paseando en compañía de Felipe von Eulenburg cerca del islote Djursholm, en las proximidades de Estocolmo, vieron los restos de una antigua fortaleza, en los que Gobineau reconoció por súbita inspiración, la cuna de su antepasado Ottar Jarl. Preguntado por las razones que tenía para hacer esa identificación, res-

pondió con esa seguridad que le daban sus instintos: "Lo siento, lo siento. En este lugar están mis orígenes".

Es indudable que asistido por una Musa que ya no responde a las indicaciones de la moderna Clío, Gobineau no iba a encontrar entre los historiadores profesionales un apoyo entusiasta para imponer sus ideas y mucho menos cuando éstas estaban en abierta oposición a las consignas ideológicas del momento.

El tercer Gobineau que conocemos ni es hijo de su fantasía personal ni aparece para nada en los datos escuetos recogidos por el Registro Civil, nace totalmente armado de la publicidad racista suscitada en Alemania por los movimientos nacionalistas a fines del siglo pasado y tiene tan pocas probabilidades de encontrarse cómoda entre las ideas de Gobineau como sus contrarias, las del anti-racismo filo democrático.

Gobineau abominó de los movimientos masivos y si algo sostuvo siempre con la enérgica solicitud de su apasionada retórica fue un altivo aristocratismo que lo condenó a encontrarse al margen de los convulsivos partidos que se sucedieron a la primera Guerra Mundial. La intención aparece claramente en la dedicatoria a Jorge V, rey de Hannover, en su primera edición del *Ensayo sobre la desigualdad de las Razas humanas*, donde afirma, exagerando bastante el papel de la inducción en el nacimiento de sus ideas madres, "Entonces fue cuando de inducciones en inducciones, tuve que penetrarme de esta evidencia: que la cuestión étnica domina todos los demás problemas de la historia, constituye la clave de ellos, y que la desigualdad de las razas, cuyo concurso forma una nación, basta a explicar el encadenamiento de los destinos de los pueblos. Por lo demás, no existe nadie que no haya tenido algún presentimiento de una verdad tan manifiesta. Cada cual ha podido observar que ciertos grupos humanos, al arrojarse sobre un país, transformaron antaño, por una acción repentina, sus hábitos y su existencia, y que allá, donde antes de su llegada reinaba la torpeza, mostráronse hábiles en hacer surgir una actividad inusitada. Es así como, para citar un ejemplo, le fue comunicada una nueva energía a la Gran Bretaña con la invasión anglosajona ...".

Concluye esta breve síntesis donde cicra la tesis de su libro con estas palabras que han dado lugar a tantas interpretaciones que por cierto no coincidían con las suyas propias: "Luego de reconocer que existen razas fuertes y razas débiles, me he dedicado a observar de preferencia las primeras, a descubrir sus aptitudes, y sobre todo a remontar las cadenas de sus genealogías. Siguiendo este método acabé por convencerme de que todo cuanto hay de grande, noble y fecundo en la tierra, en materia de creaciones humanas: la ciencia, el arte, la civilización, conduce al observador hacia un punto único, no ha salido sino de un mismo germen, no ha emanado sino de un solo pensamiento, no pertenece sino a una única familia cuyas diferentes ramas han dominado en todos los países cultos del Universo" (GOBINEAU, A., *Ensayo sobre la desigualdad de las Razas Humanas*, Apolo, Barcelona, 1937, pág. 15, trad. de Francisco Susanna).

Este Gobineau, nacido en Alemania en el último tercio del siglo XIX, fue descubierto en primer lugar por Ricardo Wagner. Fueron dos discípulos del gran músico alemán, Ludwig Schumann y Felipe von Eulenburg, quienes fundaron el "Gobineau-Vereinigung o "Unión Gobinista" y Schemann, primer biógrafo del escritor francés, fue también el traductor al alemán del famoso ensayo. La doble influencia de Gobineau y Nietzsche, acaso inspiraron la idea del "superhombre" que encontró pronto un clima de adhesión demasiado fácil para recabar su inspiración en el "elitismo" de estos dos pensadores.

¿Qué podía tener de semejante con un "nazista" condicionado por la más estruendosa propaganda que hayamos conocido, este "hijo de rey" que confiesa a través de uno de sus personajes: "Soy de un temperamento audaz y generoso, extraño a las sugerencias ordinarias de la naturaleza común. Mis gustos no son los de la moda, siento por mí mismo y no amo ni odio de acuerdo con las indicaciones de un periódico. La independencia de mi espíritu, la libertad más absoluta en mis opiniones son los privilegios inquebrantables de mi noble origen... no soy feliz con eso que basta para la plebe".

Había en Alemania todo un movimiento de opinión formado en torno a la decadencia social y política de Francia, para no

explotar en su favor una declaración como ésta: "Tengo la desdicha, el supremo dolor, de tener el más absoluto desprecio y el más franco de los odios a este lugar de Europa donde nací. Es muy triste ver un pueblo, antes grande, caído por el suelo, impotente, paralizado, medio podrido, en descomposición, abandonado a las necesidades, a las maldades, a las ferocidades, a las cobardías y a los desfallecimientos de una infancia senil que no sirve nada más que para morir, lo que le deseo sinceramente para que caiga fuera del deshonor donde se hunde con rezongos de imbécil" (cit. BOISSEL, *op. cit.*, pág. 14).

No es una inferencia abusiva pensar que ese odio que sentía por Francia era el que le inspiraba ser hijo de un pobre marido engañado y de una estafadora con delirios de grandeza. Felizmente la realidad nunca pudo vencer su mitomanía irreductible y cada vez que lo acosaba la sensación del desastre inminente hallaba en su fantasía los fáciles caminos del sueño que lo llevaban hasta un mundo mejor.

Los comienzos

En 1836 decide ir a París con el propósito firmemente sostenido de hacerse un nombre en la república de las letras. Se considera especialmente dotado para la poesía y es en verso como consiente ser convocado al Parnaso de los poetas vivos. Estudia lenguas orientales y en particular el idioma de los persas. Dentro de las lenguas modernas se habilita en el manejo del alemán, que con el tiempo leerá, hablará y traducirá con facilidad. Le costó su tiempo hallar un trabajo donde se apreciara su capacidad y pudo subsistir gracias a la asistencia de su tío Thiebault José, que le pasaba una mensualidad suficiente. Boissel ha seguido con alguna facilidad sus pasos en este difícil momento de su vida gracias a su pródiga correspondencia y especialmente a la que mantuvo con su hermana Carolina y con su padre. En ella habla de sus ambiciones literarias, de sus amoríos más o menos correspondidos, de sus fracasos y de su voluntad indomable para alcanzar la posición con que sueña.

Su pasión por oriente está alimentada por dos fuentes inagotables en el pensamiento de Gobineau: su gusto por el exotismo y su enemistad a la Europa moderna. Uno de sus primeros artículos trata "Del movimiento intelectual en Oriente" y pone ya sin disimulo la cuestión oriente-occidente que tanta tinta hará derramar en el futuro. En este sentido su artículo es precursor de lo que él mismo desarrollará en el futuro con mejor estilo y más conocimientos. No fue la fama ni mucho menos, pero señaló un rumbo del que no se apartará más. Sabemos que por este tiempo entró a trabajar en el correo, donde ganaba un sueldo que le permitía una sobrevivencia holgada que reforzaba con algunos artículos de literatura alimentaria para enciclopedias o con traducciones, especialmente del alemán, pero también del italiano y del español.

En 1840 aparece en folletín una larga novela de Gobineau titulada: *El matrimonio de un Príncipe: episodio en el siglo de Luis XIII*, que, como escribía René Guisé, era un ejemplar "típico de la novela folletinesca e histórica tal como la concebían los diarios más comprometidos con la monarquía de julio". La pasión anti-moderna de Gobineau ha advertido que el proceso de centralización revolucionaria comenzó, mucho antes de la Revolución Francesa, con el Cardenal Richelieu. Fue este ministro el que bajó la cabeza de la nobleza provinciana y provocó el advenimiento de la prelación parisiense.

De esta época data su gusto y su frecuentación de la novela histórica y hay quienes dicen que su *Ensayo...* "es una suerte de novela cuyo protagonista es la raza aria. Escribiría sus trabajos bajo el signo romántico de la inevitable decadencia y cómo jugaba el papel de un gentilhomme venido a menos, su labor literaria y su vida coincidían, hasta el punto de que un hombre tan poco tocado por el feudalismo asumido por Gobineau, como Tocqueville, le decía a Gustave de Beaumont refiriéndose a nuestro Arturo que todavía no era Conde de Gobineau: "es de nuestra raza".

Alberto Sorel, que lo conoció ya en su madurez, lo describió como a un verdadero gentilhomme del siglo XVIII y su hija Diana, en sus *Souvenirs...*, acepta esta valoración diciendo que "tenía el

físico elegante, las maneras aristocráticas, la gran cortesía y la apariencia ligera de un gran señor del tiempo de Luis XV". Era bastante si nos atenemos a los simples datos del Registro Civil, pero relativamente poco si tomamos en consideración el aporte de su imaginario abolengo.

Sus esperanzas en un retorno "de los viejos tiempos buenos" estaban decididamente en fuga y no esperaba de la burguesía en ascenso nada que no estuviera en la línea de su obsesionante pasión por el dinero. Escribía en algunas hojas monárquicas, por tradición, por adhesión a los emblemas y para darse el gusto de abominar en familia de todos los malos hábitos que la revolución había dejado en herencia.

Escribe M. Boissel que Gobineau era mucho más francés de lo que él mismo estaba dispuesto a aceptar: amaba las letras, la elegancia en el decir y en el vestir y le gustaba la conversación brillante y hasta un poco frívola, si esa frivolidad se mantenía en un nivel de sofisticada inteligencia. Con algunos amigos decidió jugar un poco a la sociedad secreta y de esta disposición nació el grupo que se dio a sí mismo el nombre de "Les Cousins d'Isis" en el que intervino Maxime du Camp y sus maliciosas referencias al abolengo de Gobineau.

Este grupo se autodenominó "Li Scelti" y proyectó la fundación de una revista política que por su nombre, *La Revue de l'Orient*, lleva la marca imborrable de Arturo de Gobineau. Un artículo que éste escribió sobre la cuestión de Grecia llamó la atención en los círculos interesados y la ya famosa *Revue des deux Mondes* le propuso la redacción de ocho artículos sobre la Grecia a partir de 1833. Era un reconocimiento de su aptitud para el enfoque de las cuestiones políticas y un pláceme a sus condiciones de escritor. Podía escribir a su padre: "Todo el mundo me parece que está contento y por primera vez en mi vida gozo el placer de las alabanzas en la boca de gente desconocida... En fin, he llegado al fin que me había propuesto y que perseguí durante seis años con la tenacidad de un molicano... tengo el pie en el estribo y no dudo que el caballo me ha de llevar, aunque no sé todavía a donde" (cit. por BOISSEL, pág. 86).

A partir del año 1842, tiene poco más de veinticinco años, puede anunciar que es uno de los cinco redactores más importantes del nuevo diario *L'Unité* y recibe tres mil francos de honorarios. Colabora también en *L'Union Catholique*, pero sobre asuntos estrictamente diplomáticos, con especial referencia a la situación de Oriente: Grecia, Serbia, Valaquia, Turquía, Afganistán y la India. La nueva situación le permite abandonar su trabajo en el Correo y dedicar todo su tiempo a escribir en los diarios donde, según su pintoresca expresión: "trabajo como un negro emancipado".

En 1843 fue presentado a Alexis de Tocqueville y esta nueva relación dará a su vida un giro distinto, diríamos que el caballo montado por Gobineau tiene ahora un rumbo trazado. La relación entre ambos hombres fue de mutua consideración y respeto pese al foso ideológico que existía entre el auténtico aristócrata que llevaba el sello de su conservadurismo liberal y el joven "Chouan" que representaba con tanta felicidad a un gentil hombre del siglo XVIII.

No obstante la exactitud de este primer cotejo que coloca a Tocqueville mucho más cerca de la revolución que a Gobineau, sus respectivas posiciones frente a la importancia de la religión cristiana en el desarrollo de las civilizaciones difieren en sentido completamente opuesto. Tocqueville concede al cristianismo lo que Gobineau otorga exclusivamente a la raza.

Tocqueville —según la autorizada opinión de Boissel— veía la posibilidad de fundar una democracia cristiana y suscitar un cristianismo social porque consideraba que era el cristianismo el que "ponía bajo una luz radiante la igualdad, la unidad y la fraternidad humana".

La respuesta de Gobineau es típica y muestra con claridad lo lejos que se encontraba de una cabal adhesión a la fe: "Os equivocáis, Señor, si pensáis que la lectura del Evangelio me deja frío; no soy volteriano, en el sentido seco y rencoroso del término... pero no puedo creer que todo cuanto contiene el Evangelio haya salido totalmente armado del cerebro del Cristo" (cit. pág. 92).

Tal vez no sea justo considerar a Tocqueville entre los precursores de la democracia cristiana tal como la conoció nuestro

siglo, pero podemos ponerlo, con toda justicia, en la línea del cristianismo social tal como lo pensaron Ozanam, Lacordaire o Albert de Mun. Gobineau entraba de buen paso en el relativismo moral que anticipa algunas de las instituciones de Nietzsche. El *Ensayo* es una visión atea sobre la historia de las sociedades y, como afirma Boissel, “en su momento una obra” revolucionaria” (pág. 94).

Algo con lo que Gobineau no contó en los comienzos de su carrera, es que sería mejor apreciado por su prosa que por sus versos. Empeñado en ser poeta escribió un poema titulado “Les Adieux de Don Juan” que debe ser contado totalmente en su contra cuando de la apreciación de su genio se trata. Desgraciadamente creía que rimar era hacer poesía e insistió en una suerte de epopeya que tituló *La Chronique rimée de Jean Chouan*, cuya nota de recepción atribuida al Conde de Chambord, Henri V, a quien estaba dirigida, dice todo cuanto se puede decir en su favor y calla todo cuanto se podía decir en su contra.

Abandonemos la crítica de este pasatiempo y limitemos nuestra atención al prosista que iba surgiendo, cada vez con más vigor, de sus artículos de política interior y extranjera publicados en diferentes revistas de París. En ellos apunta a una crítica del Estado al que considera como el cáncer que devora el cuerpo social de Francia. La monarquía de Luis Felipe es una empresa exclusivamente financiera que no atiende a otros intereses que no sean los impuestos por las fluctuaciones bursátiles: “El oro se ha convertido en el principio del poder y del honor. El oro es dueño de los negocios, es la ley política. El oro gobierna, paga las conciencias y es la medida de la estima que merecen los hombres”.

Anticipándose a los programas de varias generaciones de liberales en años muy posteriores añade: “Es la centralización administrativa la que hay que modificar profundamente si queréis alcanzar la corrupción en su fuente. Devolved a las comunas y a los departamentos la libre gestión de sus intereses especiales y quitaréis a los ministerios sus medios de seducción más poderosos, de esta manera ayudaréis a formar buenas costumbres públicas, un espíritu público más fuerte que los apetitos personales” (*La Quotidienne*, 14-III-1844, cit., pág. 97).

En la medida que afianzaba su prestigio como escritor político, perdía sus ilusiones poéticas y comenzaba a edificar la autoridad que lo llevaría a entrar en la diplomacia con la ayuda de Tocqueville con quien comenzó a colaborar en su diario *Le Commerce* a partir de 1844. Allí se inició como crítico literario con un artículo sobre Musset y posteriormente con otro muy elogioso sobre Stendhal. Dice su biógrafo que lo leyó con tanto gusto que puede apreciarse la influencia del autor de la *Cartuja...* en varias narraciones de Gobineau.

Stendhal lo conciliaba un poco con su siglo y lo predisponía contra el romanticismo en el que veía el mal de la época. Maurras, que tenía una intuición especialmente desarrollada para percibir el desfalecimiento romántico en las ideas de su tiempo, no pudo ser despistado por las críticas antirrománticas de Gobineau. Veía en él una suerte de "Rousseau bien nacido, un Rousseau gentil hombre a quien las ideas de su siglo y del siglo precedente habían extraviado". "Sin la manía de filosofar —añade Maurras— hubiera sido uno de esos originales de la antigua Francia que no extraían ninguna regla de su humor querellante y encantador y que tampoco pensaba sacar enseñanzas y ciencia de la loca flor de su fantasía" (D. P. art. GOBINEAU).

Gobineau amaba los folletines novelescos y se justificaba diciendo que el público bastante infantil de ese tiempo hallaba en esta literatura un cierto solaz que lo consolaba del materialismo cotidiano. Para esos lectores escribió las aventuras de un Gascón: *Jean de La Tour Miracle ou Le prisonnier chanceux*. Como era de suponer, este folletón juntaba en sus páginas todos los ingredientes del género: galanterías, amores furibundos, astucias de mujer, evasiones, cabalgatas, duelos, tesoros escondidos, misiones secretas, intrigas, etc.

Andaba por los treinta años cuando conoció a Clemencia Monnerot, una criolla nacida en La Martinica el 20 de agosto de 1816 y que para ese tiempo tenía más o menos la misma edad de Gobineau. Balzac escribió una novela sobre la mujer de treinta años que, por supuesto, tenía ya una larga experiencia del mundo y estaba muy lejos de ser "una jeune fille rangée". Amante de una amiga de Arturo, el Vizconde Hercule de Serré, Clemen-

cia lo visita en la casa que éste compartía con Gobineau. Es el hecho que Serré, luego de dos años de asiduidad, decide por razones de mejor ubicación en el "ranking" abandonar su querida para contraer matrimonio con una muchacha que tenía dos cosas de que carecía nuestra Clemencia: apellido y dote. Arturo de Gobineau aparentemente por un gesto caballeresco, le propone casamiento para reparar la torpeza de su amigo, porque según el testimonio de la baronesa Amelia de Saint Martin: "desposó su mujer sin amor, llevado por un sentimiento caballeresco, substituyó al amante que la abandonaba".

Admitamos que haya sido así y suscribamos a favor de Gobineau este folletín que si bien no salió de su pluma, pertenece de hecho a su manía novelesca, si no a una suerte de secuencia edípica como preferiría pensar un discípulo de Freud. Cabe pensar también, en un nivel de consideraciones más triviales, que pudo sentirse atraído por eso que la brutalidad empírica de la lengua norteamericana llama "sex appeal". Esta morena de apellido francés y linaje criollo era muy atractiva y la descripción que hace de ella Gobineau es para tomar en serio la existencia de un sentimiento un poco menos caballeresco que ése al que se refiere la baronesa de Saint Martin. "Es alta y de un talle sin igual, muy delicada y fina. Muy morena y de grandes ojos negros así como el cabello... Es muy alegre, pero alegre como debe serlo una persona seria y tiene mucho ingenio ...". De su alegría y de su ingenio dio pruebas innumerables a lo largo de sus cerca de treinta años de convivencia de los que el mismo Gobineau hizo un resumen trágico: "un enfer permanent" (*op. cit.*, pág. 103).

Si fue o no "un menage a trois" como deja sospechar M. Boissel no nos interesa demasiado. La mujer tenía fuego para más de uno y fue de público conocimiento que lo empleaba según variaciones temperamentales o propósitos menos desinteresados, pero siempre con alguna frecuencia. Hay hombres que para poder rendir según toda su capacidad necesitan un clima de paz, de tranquilidad para poder sostener en él un esfuerzo sin premuras. Los que hay que por el contrario, exigen el asedio de la necesidad y prueban sus verdaderas aptitudes

bajo el fuerte estímulo del peligro y la urgencia. Los hay también que se sienten atraídos por el dolor y la desdicha y sólo pueden dar su medida en un clima de calamidades. La obra de Gobineau es lo bastante amplia y poderosa para que podamos pensar que el "infierno" que le creó Clemence Monnerot no la perjudicó en su esencia.

M. Albert Thibault le dedica en su *Histoire de la Littérature Française*, un corto párrafo que es un lacónico juicio de valor con respecto al estilo de Gobineau. Vale la pena reproducir parte de ese fragmento por la precisa certeza de su expresión: "No fue el catolicismo quien proveyó con su balcón a Arturo de Gobineau, fueron sus antepasados. Nos los que verdaderamente tuvo que eran de mediocre extracción, sino los que él se imaginó: conquistadores escandinavos y barones feudales. Barbey d'Aureville tenía mejor estilo que ideas, Gobineau tuvo más ideas que estilo. Su teoría de la vida y de la muerte de las razas expuesta en el tratado *Essai sur l'inégalité des races humaines*, dio a la Alemania las bases de su ideología racial. Pero como Barbey, Goubineau tenía necesidad de la ficción para dar lo mejor de sí mismo. El resultado más feliz de su aventurado racismo y de su genio reaccionario de sangre azul fue su hermosa novela de *La Pléiades*. Su larga experiencia diplomática en Persia y en Grecia se expresó en las *Nouvelles Asiatiques* y en *Trois ans en Asie*, la visión más verdadera del Oriente que hay en nuestra literatura" (*op. cit.*, págs. 383-384).

Gobineau, en los primeros años de su matrimonio con Clemencia, trató de abrirse camino en el teatro con una tragedia que, como era de esperar en este esperanzado sucesor de Corneille y de Racine, escribió en versos pero fue rechazada por el titular de la *Comédie Française*, y no muy bien recibida por la crítica literaria. Felizmente para Gobineau la Revolución del 48 le abrió, inesperadamente, las puertas de la diplomacia que colmaría dos de sus gustos más profundos: la vocación por Asia y la posibilidad de entrar con holgada autoridad en su romántica interpretación de la historia.

Diplomacia y viajes

El efímero pasaje de Tocqueville por el Ministerio de Relaciones Exteriores, durante la efímera república que sucedió a la revolución del 48, permitió a Arturo de Gobineau abrirse un camino en la diplomacia y ejercer funciones que le permitieron, tanto a él como a Clemencia, el uso y el abuso del título condal en alguna medida sostenido y exigido por el de "excelencia" de su condición diplomática.

Alexis de Tocqueville se hizo cargo de su Ministerio el 2 de junio de 1849 y el quince de ese mismo mes designó a Gobineau como jefe de su gabinete. Inmediatamente esto significaba una asignación de 7.000 francos mensuales, un departamento en el ministerio y la promesa de entrar en la diplomacia. Esta última posibilidad sólo podía realizarse si lograba sobrevivir a su bienhechor Tocqueville, cuyos días estaban contados. Gobineau sobrevivió y aunque Tocqueville no aplaudió los manejos de su protegido, podemos asegurar que éste no hizo nada que desdibujara, ante los ojos de ningún censor, su fisonomía de gentil-hombre o por lo menos de "gentilâtre", como dice Maurras.

En esta oportunidad debió su suerte al General Marqués Alfonso Enrique de Hautpoul, viejo camarada de su padre, quien lo hizo designar Primer Secretario de la Embajada Francesa de Berna. El viejo Chouan abandona la república y ponía su pie en el estribo del Imperio del pequeño Napoleón que inauguraba su futura corona con el título de presidente. En Suiza comenzó a rumiar la que había de ser su obra maestra y que aparece por primera vez mencionada en una carta como un probable "gros livre sur les Races humaines".

Después de Berna, Hannover, en donde la gracia morena de Clemencia brilla en medio de las bellezas demasiado rubias del país y consume a dos manos el dinero que da el cargo de Embajador. Dice Boissel que todavía no ha comenzado a usar el título de Conde, pero que la idea se insinúa y va adquiriendo mayor relieve en la medida en que sus aptitudes diplomáticas le merecen la "Legión de honor" y la "Orden de Leopoldo". Su retorno a

Berna le inspira estas líneas dedicadas a su hermana Carolina: "Vuelvo triunfante a los bueyes, las vacas, los osos y los cretinos" (24 de noviembre de 1851).

Todavía no es embajador y tardará algún tiempo en serlo. Una carta de Tocqueville recomendándole prudencia y una "modesta inactividad" nos coloca con precisión en el clima en que se movía Gobineau y en el peligro en que podía caer si demostraba demasiado sus grandes condiciones intelectuales. Los consejos de Tocqueville son los de un amigo que ha conservado por su subordinado una benévola admiración y por las embajadas en general, un discreto escepticismo: le previene que su actual jefe "El Marqués de Tallenay, no está muy bien dispuesto a dejar que uno de sus secretarios le escriba un despacho... Y aún si os deja de interino un par de semanas, os aconsejo permanecer muy modesto e inactivo durante ese tiempo. No tenéis necesidad de probar vuestra capacidad, pero sí vuestra sociabilidad, recordad esto todos los días. Escribid libros, pero no memorias ni despachos si queréis llegar pronto a no tener ningún superior..." (cit. BOISSEL, *op. cit.*, pág. 133).

Quienes reprochan a Gobineau la ausencia de una metodología historiográfica bien científica, no pueden reprocharle falta de conocimiento filológico que tomó a raudales de la historia crítica alemana. La mayor parte de las citas que pueblan su *Ensayo...* están referidas a Humboldt, Niebuhr, Lassen, Lepsius, Ewald, Pott, Müller, Klaproth, Schelegel, etc., y como cualquier francés culto de su tiempo ha abierto un generoso crédito a esa ciencia que los estudiosos alemanes han convertido en un modelo insuperable. En la crítica filológica ve el medio más seguro para examinar el significado de las leyendas primitivas de los pueblos blancos y descifrar el sentido de la historia.

En 1854 terminó los últimos capítulos de su libro y no tardó en encontrarse con una crítica que si bien reconocía la grandeza del empeño, no dejaba de advertir en él la parcialidad, la insuficiencia y especialmente el materialismo de su tesis. Tocqueville le había escrito en una carta estas palabras que son un resumen acerca de lo que él pensaba de la gran obra de su antiguo colaborador: "Vuestra doctrina es una suerte de fatalismo, de predes-

tinación si queréis, y esto me parece, os lo confieso, emparentado con el más puro materialismo. Si la muchedumbre, que sigue siempre los grandes caminos pisoteados en materia de razonamientos, admitiera en alguna oportunidad vuestra tesis, ésta la conduciría de la raza al individuo y de las facultades sociales a las individuales”.

No se puede dejar de percibir en este certero juicio, esa capacidad casi profética que tenía Tocqueville de observar el futuro de eso que podríamos llamar en política las “ideas fuerzas”. Fue un alemán el General Barón Anton Prokesch, Ritter von Osten, Embajador de su Majestad el Emperador de Austria, el primero que recibió con admiración y entusiasmo el libro de Gobineau: “Lo que decís sobre la marcha descendente de la sociedad es para mí un dogma desde hace mucho tiempo. Los imbéciles y los vanidosos no pueden nada contra él”.

Y añade este párrafo que es un puro reflejo de la obra de Gobineau en un cerebro especialmente hecho para apreciarla con todo lo que puede haber en ella de falso y de certero: “No tenéis la vocación de la Edad de Oro, ni nutris a vuestros lectores con falsas ilusiones. Sois hijo de un siglo de hierro... y nos dais lo que menos consuela: la verdad. Veo sobre la superficie de este globo todas las civilizaciones en decadencia paralela; descendemos por un camino diferente al de los chinos, los persas o los turcos..., pero estamos tan cerca como ellos del pantano donde nos vamos a hundir. Somos un poco más inteligentes e instruidos, en cambio ellos son más honestos, esos bárbaros, esto establece una equivalencia” (BOISSEL, *op. cit.*, págs. 144-145).

En Francfort recibió la buena noticia que había sido designado para integrar la misión francesa que partía a Teherán. Es de preguntarse, junto con Boissel, de dónde había surgido una idea tan brillante y capaz de unir la íntima vocación de un diplomático con los intereses espirituales de su patria. Estar en Asia no era solamente para Gobineau un cambio en el espacio, era también un retorno en el tiempo, “una manera de vivir el sueño del pasado”, como escribe su biógrafo y añade para completar su descripción del sortilegio asiático sufrido por Gobineau que en 1857, es decir, dos años después de su llegada, dijo en una de sus car-

tas: "Sé muy bien que cuando vuelva a Europa, lloraré a Asia el resto de mis días" (pág. 163).

Sería excesivamente largo detenernos en los detalles de su vida en Persia. Bastará leer sus *Nouvelles asiatiques* para comprender lo que allí aprendió, sin considerar los numerosos artículos y libros en los cuales imprimió sus impresiones o sus conocimientos de historia, de religión y de filosofía. Las vicisitudes familiares están largamente estampadas en esa infatigable queja de su abusiva esposa.

Gobineau alcanzó el punto culminante de su carrera diplomática cuando el 5 de octubre de 1864 el Emperador de los franceses Napoleón III lo nombró embajador ministro plenipotenciario de Francia ante la Corte del joven rey de los helenos, Jorge I. Tomó su nuevo destino en compañía de su mujer Clemencia y sus dos hijas: Diana y Cristina. Si leemos la parte que dedica en su *Ensayo...* a la Grecia nacida de las cenizas de la antigua Hélade, no lograríamos comprender la alegría que sintió Gobineau al encontrarse en Atenas como en el regazo de una patria soñada. Supo olvidarse un poco de su tesis sobre la decadencia de los pueblos y gozar de todos los prodigios climatéricos y arqueológicos de Grecia sin despreciar las gracias femeninas que encontró a raudales en casa de las hermanas Dragoumis que fueron sus amigas y confidentas entre 1868 y 1882.

Lucgo de Grecia y el sortilegio para siempre perdido de Atenas, el ofrecimiento de una embajada en Río de Janeiro, debió parecerle la más cruel de las caídas y, efectivamente, en su pensamiento "el nuevo mundo no valdrá nunca el viejo. Le falta lo esencial, el trazo de la historia, de nuestra historia... La naturaleza, sin duda pródiga, proyecta su vegetación verde y espesa. Seduce el ojo, pero no conmueve la imaginación. Ninguna comparación entre la bahía de Río de Janeiro y el Sitio de Constantinopla, cualquier cosa que digan los viajeros líricos pero ciegos. Constantinopla es admirable y Río también. Pero la primera es una bella dama, noble, augusta en su aspecto, real, llena de genio y de espíritu. La otra es una linda muchacha, inculta, salvaje, no sabe leer ni escribir, de modales bizarros" (cit., pág. 235).

La impresión que a través del Brasil se forma en general de América del Sur es bastante pobre y piensa, en diametral oposición a lo que pensaba de Asia, que en estos países era conveniente el ingreso masivo de los europeos. Las dos castas dominantes: los hombres de negocios y los militares no le inspiran ninguna simpatía. En una carta escrita a Keller el 19 de julio de 1869 le dice que es "una cosa curiosa ver gente del Tirol y la Renania en medio de esta naturaleza. Pero el amor del dinero crea los lazos más singulares entre los hombres y el suelo. Debo confesar que este país no está hecho para mí" (pág. 238).

La amistad con el Emperador del Brasil, don Pedro II, lo consoló en parte de su ostracismo. El Emperador lo conocía a través de sus escritos y tenía sumo interés en tratar con aquel francés que le caía como un regalo del cielo. Haciendo caso omiso del protocolo don Pedro lo hizo invitar por su encargado de los Asuntos Extranjeros don José María da Silva. Desde ese momento fue un convidado muy frecuente al gabinete privado del Emperador. En realidad parecían dos exilados de la civilización que se encontraban para hablar de todo cuanto les interesaba: la historia, el arte, las ciencias, la filosofía.

La amistad entre ambos superó la prueba de la separación y la última carta que Gobineau escribió a don Pedro es poco anterior a su propia muerte. Es interesante observar el carácter confidencial de la epístola y, al mismo tiempo, la clara comprensión que tiene Gobineau de sus debilidades. Hace una referencia irónica a la idea un poco superficial de ese Gobineau caballeresco y ardiente batallador contra las ideas modernas: "Vuestra majestad sabe que esto es solamente la corteza y que necesito esa caparazón protectora, porque mi sensibilidad es de tal naturaleza que sería muy fácil para mis enemigos pisotearme ...". Dice su biógrafo que las últimas palabras son ininteligibles y se advierte en su letra la inmensa fatiga de sus últimos meses.

Cuando se examina la obra de Gobineau a la luz de ese gusto por la tradición esotérica que impuso en Francia René Guénon, se advierte su carácter de precursor y no solamente por su apertura al misterio oriental, sino también por su favorable opinión con respecto al Islam.

Gobineau conservó hasta sus últimos años la lamentable manía de expresarse en versos. No hace falta una especial versación en lengua francesa para llegar a la conclusión a que llegaron todos cuantos los han leído: era un excelente prosista. De sus otros gustos artísticos tenemos algunas esculturas hechas por él, como el busto de Mme. de La Tour, que hace honor a sus aptitudes ¡Pero los versos! Los pocos que he podido leer en citaciones que supongo fieles, apenas alcanzan a ser discursos rimados y en donde ni siquiera la expresión de la idea logra la claridad y la transparencia de sus prosas.

La guerra del 70 y la caída, demasiado esperada, del tinglado imperial de Napoleón III, no dejaron de repercutir sobre el ánimo de Gobineau que veía todas sus predicciones confirmadas con exageración por los hechos. Pero no solamente vio suceder lo que había anticipado en tantos libros, sino que la situación lo puso en el trance de tener que abandonar su carrera, posibilidad que pesaba doblemente sobre su espíritu y sobre su bolsillo. Otra vez un amigo, Charles de Remusat, Ministro de Relaciones Exteriores en el Gobierno de Thiers, le consiguió la embajada de Estocolmo. Será en la capital de Suecia donde escribió sus tres obras literarias mejor conocidas y apreciadas por cuantos han sabido reconocer su genio: *Les Périodes*, *Les Nouvelles Asiatiques* y *La Renaissance*. El mismo Gobineau que admiraba los versos de Musset, reconocía, citando la *Nuit de Mai* que "Les chants desespérés sont les chants les plus beaux ...".

Es verdad que la fecundidad de la desesperación depende, fundamentalmente, que la salud mental y física no estén gravemente afectadas. El Gobineau de Estocolmo todavía pudo hacer frente a su incansable labor intelectual sin dar muestras de cansancio. Persiste en la idea, clave de su sistema, de que la historia de las sociedades humanas es una parte de la historia natural: nacen, crecen, envejecen y mueren según un determinismo más físico que moral. En una carta al entonces joven historiador Albert Sorel, le escribe con respecto a la decadencia francesa que observa con tristeza: "Desde el comienzo del mundo todas las sociedades se han dejado caer por agotamiento, senilidad, estupidez, cobardía y el resto. No somos distintos a los romanos, ni a los

egipcios, ni a los persas, ni a los fenicios... El mal no reside en los regímenes de gobierno. Está en la nación ..." (cité par BOISSEL, *op. cit.*, pág. 273).

Es un anticipo de la idea que desarrollará Spengler en un contexto de amplitud cósmica, pero sin citarlo demasiado, si es que alguna vez lo citó. Por supuesto hay hombres que escapan a esta ley inexorable y pueden observar el panorama de la senilidad invasora sin estar peligrosamente afectados por la imbecilidad ambiente. Estos "hijos de reyes", no olvidemos al abuelo legendario Ottar Jarl, son los únicos que saben decir no a un mundo sin honor y ofrecen el testimonio de las virtudes heroicas de una exhibición perfectamente gratuita, aunque nuestro Gobineau esperaba, acaso, que su novela *Les Pélétades* lo ayudara a salir un poco de las deudas en que lo metían su propia incuria y la avidez de Clemencia. La novela fue publicada por Plon en 1874. Barbey d'Aurevilly, que sintió con agudeza su embrujo heroico, no advirtió en ella el menor signo de cristianismo: es una novela estoica, "que es el cristianismo de los que no son cristianos".

A su hermana Caroline, que le reprocha la absoluta falta de fe que se advierte en su libro, le contesta con estas líneas que son una declaración completa de su posición espiritual: "Todas las verdades teológicas admitidas o rechazadas no tienen la menor influencia en mi corazón, aunque pueden tenerla sobre mi espíritu". Colocarse en la situación espiritual del estoicismo y observar un mundo "senescente" era como pronunciarse en favor de ese materialismo que tanto le reprochó Tocqueville. Quien espera toda salvación de las fuerzas corporales no tiene otro consuelo que volver, como los paganos, sus ojos hacia una improbable edad de oro, donde todo recién comenzaba. Ahora es la decrepitud, que, por supuesto, la observaba mejor en Francia que en otros países porque era la proyección de la decadencia que sentía en su propio organismo.

La actitud heroica que supone la entrega de esta novela bastante larga y muy poco dispuesta a encontrarse con un público vasto, fue confirmada por su escasa venta. No se podía confiar ni en los instintos masoquistas de un pueblo bien dispuesto a dejar-

se insultar. Si Gobineau soñó un momento en ver compensado su trabajo por los cuantiosos honorarios que podía darle la casa Plon, pronto se vio totalmente decepcionado y confirmado en su congénito pesimismo.

La amistad, entre galante, caballescica, paternal y a ratos filial con Matilde de La Tour, fue una compensación para su tristeza y para ese abatimiento mortal en que cayó en los últimos años de su vida. La propia Matilde lo dice en sus memorias: "Quería esa muerte, la esperaba y su estado de salud le permitía creer que estaba próxima".

Boissel recoge un diálogo entre Gobineau y Matilde que esta última reprodujo en sus *Memorias* que es digno de ser meditado por todo hombre que se interese en el misterio del corazón humano:

Viéndole tan triste bajo el cielo de Noruega que predispone ciertamente a la melancolía, Matilde le preguntó:

—¿Nada puede ataros a la existencia?

—Nada, habría respondido Gobineau.

—¿Ni siquiera mi amistad y el pensamiento que la suya me es tan necesaria?

—Ni siquiera eso.

Hubo un largo silencio.

—Lo que yo le pido, dijo al fin, es que no me abandonéis, guardadme vuestra amistad a pesar de todo hasta el fin. Eso me ayudará a morir... No tardaré mucho... No sabéis hasta qué punto estoy solo.

—Os lo prometo, le dije. Respondió simplemente:

—Gracias.

Un secreto y un deber se había establecido entre nosotros" (*op. cit.*, pág. 286).

No obstante el carácter agónico del diálogo, la amistad con Matilde tuvo un buen efecto y lejos de morir, Gobineau sintió que sus fuerzas renacían. Es un poco a la tónica amistad de esta mujer a la que debemos los últimos libros de Gobineau. En cambio su esposa mantenía un vivo interés en quedar viuda e hizo todo lo posible para que Gobineau cumpliera sus promesas de muerte y no quedara todo en pura conversación. Uno de los expedientes

más cómodos y rendidores adoptados por la temible esposa fueron los gastos. La situación económica que le creaba a Gobineau el "delirio de grandeza" de su mujer fue una de las causas de su rápido descenso.

En el año 1877 Plon le publicó un nuevo libro, *La Renaissance*, donde trataba las figuras de Savonarola, César Borgia, Julio II, León X y Miguel Ángel. El libro que, con posterioridad a su muerte, ha conocido innumerables traducciones a casi todas las lenguas, no fue más leído ni mejor comprendido que su novela *Les Pléiades*. En ese mismo año, 1877, y luego de un corto viaje por Rusia, recibió la noticia de que había sido dado de baja en el Ministerio de Relaciones Exteriores con un retiro de 10.000 francos. De estos honorarios daba 2.000 francos a su hermana Carolina y 8.000 para que Clemencia lo dejara en Paz. Le quedaba un cero. "Avez ce zéro? C'est trop maigre, meme pour les jours de jeunc. Il faut me ganer la vie". Dice su biógrafo que Gobineau en los cinco años que le quedaban por vivir no conocerá ni morada segura, ni domicilio fijo. De este tiempo data un reforzamiento de su amistad con Ricardo y Cósima Wagner y una suerte de retorno, no místico sino más bien político, a la Iglesia. Puesto que la República Francesa la atacaba "y el mundo moderno se hundía en el escepticismo y el triste materialismo de lo económico, convenía, en su último momento estar en contra de su tiempo y afirmar la Fe, última y primera virtud de un paladín". Pidió recibir los últimos sacramentos y aunque inconsciente, la Santa Unción le fue administrada a quien buscó siempre otro mundo, pero no aquel que Cristo prometió a los suyos. Suprema paradoja de este hombre que fue, más que ningún otro, una viva paradoja.

El mito del origen

Conviene siempre desconfiar de los delirios deductivos que se hacen a cuenta de la personalidad profunda y muy especialmente cuando se trata de un hombre como Gobineau, a quien, sin lugar a dudas, obsesionaba el problema de sus propios orígenes. No estaba muy seguro ni de ser hijo de su padre, ni de

pertenecer a una estirpe de buenos burgueses a la que rechazaba desde lo más íntimo de sus fibras morales. ¿Fue la necesidad de inventarse un origen que le diera tranquilidad con respecto a su ascendencia y a sus gustos aristocráticos lo que le llevó a su teoría de la desigualdad de las razas humanas? Gaulmier en *Spectre* y Boissel en el libro que hemos comentado más arriba, ven en Gobineau, a través de todas sus obras, la perseverancia de un mito que luego de buscar un fundamento en la ciencia histórica, se propagó en las múltiples vías que atestiguan sus novelas, sus epopeyas en verso y prosa y su genealogía de Ottard Jarl.

En un cotejo que hace entre la situación espiritual de Sthendal y de Gobineau, M. Pierre Louis Rey escribe que tuvieron en común un gran amor por Italia y si es verdad que como "Sthendal, Gobineau buscó fuera de Francia su verdadera patria, a la que veía, también como Sthendal, el más vil de todos los países del mundo; y ambos reservaron para París las más agudas de sus flechas porque ostentaba el vicio del parecer y la vanidad más descarada, el rechazo se manifiesta en ambos autores en formas muy diferentes. Uno y otro no gustan de sus orígenes burgueses. Pero mientras Sthendal, nacido en un medio afortunado pero de ideas estrechas, odia especialmente el espíritu pequeño burgués y conservador de su familia y de sus compatriotas, hasta el punto de reivindicar una pretendida bastardía, Gobineau, mal asegurado en su condición social y en sus orígenes, desprecia a quienes desconocen el ideal al que lo lanzan sus incertidumbres... y obsesionado por un complejo de bastardía efectiva preferirá ennoblecer su padre que dudar de la virtud harto sospechosa de su madre" (REY, Pierre Louis, *L'Univers romanesque de Gobineau*, N.R.F. Gallimard, París, 1981, págs. 63-64).

Admitimos que hubo en la vida de Gobineau un deseo nunca disimulado de blanquear sus orígenes y de dar una explicación capaz de satisfacer su orgullo acerca de sus gustos aristocráticos que trataba de confirmar con sus gestos, su palabra y su comportamiento. Todas estas preocupaciones trataron de justificarse, por razones que la sola psicología profunda no podría explicar, por el mito de su ilusoria genealogía. Seguimos en su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* el camino de sus

razonamientos y, en la medida de lo posible, haremos un examen crítico de las principales ideas que aparecen en su obra.

Lo primero que llama la atención de los observadores es el crudo biologismo que usa, como único criterio, para valorar el curso histórico de las civilizaciones. El hombre es un animal que produce eso que llama la civilización y que es una sociedad histórica, en la que emerge, como resultado de un esfuerzo de mancomún, todo un sistema de valores políticos, científicos, estéticos, económicos y religiosos que tienen, como única fuente, la energía vital de un determinado talante étnico. Mientras el temperamento de la raza mantiene en vilo el impulso creador y conquistador de sus instituciones sociales, podemos hablar de un pueblo en la plenitud de su vigor. La decadencia, o la degeneración, como prefiere decir Gobineau, sucede, inevitablemente, cuando la raza dueña de esa energía civilizadora desfallece como consecuencia de sus mezclas con pueblos de inferior calidad que oponen a su ímpetu la inercia de su desfalleciente vitalidad.

Hay en el nacimiento de toda civilización de alto estilo la presencia viva de un pueblo señorial que impone al curso de la historia el ritmo de su dinamismo dominador. Mientras la pureza biológica de este pueblo se mantiene, se sostiene también el nivel de sus creaciones fundamentales y de manera particular su expansión política que puede estar impregnada de fanatismo religioso como el Islam y el Cristianismo en sus momentos culminantes. La religión es un ingrediente cuya naturaleza Gobineau no ha discutido con severa objetividad pero que, haciéndonos cargo del materialismo biológico que anima la esencia de su pensamiento, podemos considerar en una línea de fuerza emparentada con el eros genésico.

"Pienso — escribe en su *Ensayo*... — que la palabra degenerado al aplicarse a un pueblo, debe significar y significa que ese pueblo no posee ya el valor intrínseco que antiguamente poseía, porque no circula ya por sus venas la misma sangre, gradualmente empobrecida con las mezclas sucesivas" (*op. cit.*, pág. 39).

No importa para el caso que la calidad de sus producciones espirituales mantengan todavía un nivel excelente y tanto en el arte como en la ciencia y en el comportamiento moral manifies-

te una cultura y una dignidad sin gran desmedro. Allí comienza a faltar la fuerza conquistadora y el impulso juvenil de los mejores tiempos. El pueblo ha decaído aunque sus costumbres sean buenas y su inteligencia permanezca todavía alerta. "Sin duda —agrega— no desaparecerá de una manera absoluta; pero, en la práctica, será de tal modo combatida y debilitada que su fuerza resultará cada vez menos sensible, y, en ese momento, será cuando la degeneración podrá considerarse como completa y mostrará todos sus efectos" (*Ibid.*).

Es difícil sostener un pensamiento en una línea reflexiva absolutamente vitalista, sin que en el curso de las argumentaciones no intervengan proposiciones provenientes de otro origen intelectual. Si admitimos que las solicitudes nacen, crecen, maduran y decaen de acuerdo con un ritmo impuesto por la vida de los organismos, resulta un poco difícil suponer que existe una raza que escapa al determinismo fatal de este proceso y en virtud de una mítica aptitud para mantenerse en un estado de perenne juventud, pueda resistir la influencia demoledora del tiempo.

Admitamos con él que existen desigualdades entre los diferentes pueblos de la tierra y que muchas de esas diferencias pueden ser atribuibles a sus respectivas razas. Una afirmación de esta naturaleza sólo puede chocar a los cameros de Panurgo que piensan que las diferencias anatómicas fácilmente discernibles entre los hombres, no tienen correlatos psicológicos que suponen también diversas aptitudes. Tengo para mí que la observación de la desigualdad de las razas humanas es un hecho de observación y lo es también, en alguna medida, la constatación de la inevitable decadencia que sufren las sociedades en el curso temporal de sus historias.

Una explicación exclusivamente biológica de ambos fenómenos resultará, siempre, por lo menos, parcial y, en la medida en que se trate de imponerla mediante una reflexión sostenida, se corre el peligro de dejarse influir por la mitología. Gobineau no pudo escapar a esta inevitable consecuencia y, con argumentos históricos y filológicos de dudosa confirmación, mantuvo con un talento que honra la literatura de su época, el mito de la raza aria.

La paleontología lingüística infiere la existencia de una lengua madre de los idiomas indo-germánicos, pero que esa lengua haya sido hablada por una raza de conquistadores nórdicos con tales y cuales características anatómicas en una pura moción de deseo que no responde a ninguna realidad históricamente constatable. Que esa raza haya conservado entre los escandinavos su pureza más prístina es de una probabilidad, por lo menos, dudosa. Pero lo que sí es indudable es que las altas civilizaciones han logrado sus realizaciones más cabales en ese ámbito de mestizaciones que fue la cuenca del Mediterráneo y que los pueblos nórdicos, aún los más rubios y de elevada estatura, no han escapado al sortilegio decadente del economicismo capitalista y burgués de nuestra época.

Gobineau tomó por su cuenta y riesgo el mito fabricado durante la Revolución Francesa de que el pueblo de Francia, galo-romano por su constitución racial, fue dominado por los francos germanos que impusieron por la fuerza la superioridad de una casta nórdica que fue su nobleza. El Contrato inicuo de Rousseau tenía allí su origen, y aunque Gobineau dio a esta leyenda una interpretación completamente opuesta a la de los revolucionarios, no por eso dejó de rendir tributo a su marca de fábrica. Los trabajos históricos de Fustel de Coulanges dieron un desmentís rotundo a esta mitología que venía a simbolizar una ruptura histórica que estaba más en la voluntad de los ideólogos que en la realidad de los hechos.

No podemos olvidar que Gobineau, pese a su buena voluntad de encarnar un gentilhomme del antiguo régimen estaba, como muchos de esos buenos caballeros, impregnado hasta los tuétanos de las ideas del iluminismo y hasta de la revolución. Sus ideas sobre los "arios", pese a la buena prensa que suscitó entre los alemanes, pertenecían a ese mundo entre el ensueño y la mitomanía, que dio nacimiento a los "estados de naturaleza" de los que en su momento usaron Hobbes, Locke y Rousseau.

Mientras Siéyés suponía que el progreso consistía en la conquista del poder político por el estamento burgués, Gobineau veía, en esa misma conquista, las peores consecuencias para la grandeza de Francia. "Es de suyo evidente —escribía— que la

desaparición de la raza victoriosa se halla sometida, según los diversos ambientes, a condiciones de tiempo que varían hasta el infinito. Con todo, esa raza se extingue por todas partes, resulta todo lo perfecta que es de desear mucho antes de sobrevenir el término final de la civilización a la que ha dado origen... mientras la influencia de la sangre civilizadora va agotándose por la división, subsiste todavía la fuerza de propulsión, antaño impresa a las masas sometidas o anexadas: las instituciones que el fenecido dominador inventara, las leyes que formulara, las costumbres de las cuales proporcionara el tipo, se han conservado después de su muerte..." (*Ibid.*, pág. 44).

Lo curioso es que tanto Sièyes, como el mismo Gobineau, creen en la existencia de ese tipo racial dominador, que el primero convierte en el monopolio de todas las abominaciones y el segundo en la energía creadora de todas las excelencias. Los verdaderos nobles, tributarios de esta doble calificación no tenían conciencia de pertenecer a una raza superior que tuviera su origen en las tribus francas y en algunos casos, como la propia familia real, no tenían estar emparentados con algún usurero italiano. ¿No dijo en alguna oportunidad el Marqués de Mirabeau, el famoso "Col d'Argent", abuelo del Tribuno, que la única "mésalliance" de su estirpe era con los Médicis? Lo cual pertenecía también a una suerte de mito familiar, porque el ascendiente Riquetty del que hacían gala los Mirabeau, era tan fabuloso como el Ottar Jarl del que pretendía descender Gobineau. Hoy se conoce que el apellido Riquetti, es una invención genealógica que buscó sus antecedentes en Italia, porque resultaba más barato que en Francia. Los Mirabeau descendían de un burgués provenzal que llevó el nombre de Riquet, que "en bon felibre" significa Enriquito.

Lo importante es observar como las leyendas raciales toman fuerza, a la derecha o a la izquierda, con propósitos publicitarios más o menos confesados. Gobineau, como escribe Pierre Louis Rey, "hasta su último día, buscará fuera de su país la verdadera patria de sus padres y no encontrará, en medio de la degeneración en que se muere el universo, nada más que el lejano recuerdo de una patria ideal" (*op. cit.*, págs. 64-65).

Civilización y cristianismo

En una visión, tan marcadamente biológica, del origen de las civilizaciones es muy difícil encontrar, así sea medianamente desarrollado, el tema de la religión. Gobineau, por razones que hacían a la formación de un caballero, se consideraba a sí mismo como católico. Tuvo una hermana monja a la que toda su existencia mantuvo de su propio bolsillo y una hija, Diana, de la que sabemos alimentaba profundas y serias convicciones religiosas. En lo que respecta al mismo Gobineau sólo nos podemos referir a lo que dijo y a la manera como interpretó la influencia del cristianismo en el proceso de formación de nuestra civilización. Sin lugar a dudas, Gobineau no era un creyente y al faltarle por completo el sentido del orden sobrenatural que configura el aliento viviente del cristianismo, no tiene la menor idea de la influencia transfiguradora de la Gracia puede ejercer sobre la naturaleza en todo el ámbito de las actividades del espíritu. Así la idea de una civilización cristiana no tiene cabida en su inteligencia. Lo dice con toda la claridad posible cuando afirma: "El cristianismo no es, pues, civilizador tal como comúnmente lo entendemos; puede, por consiguiente, ser adoptado por las razas más diversas sin herir sus aptitudes especiales ni pedirles nada que rebase el límite de sus facultades" (*Ensayo...*, ed. cit., pág. 66).

He aquí un párrafo para contentar a todos y no decir absolutamente nada sobre el significado cabal de éso que es la redención del género humano. El cristianismo se propone salvar las almas y con este santo propósito no se preocupa para nada de las instituciones, los usos y las costumbres que hacen a la marcha del hombre sobre la tierra, como si todas estas cosas fueran perfectamente indiferentes a su objetivo principal. Al leer un párrafo como el que hemos transcrito y otros del mismo tono perfeñado por Gobineau a lo largo de sus páginas, hace pensar que pasaba sobre el tema con la ligereza de quien no quiere tocarlo para evitar roces y problemas con personas a quienes quería mucho y no tenía interés en herirlas con opiniones que no estaban al alcance de sus débiles espíritus. Hay párrafos que hacen

pensar en Nietzsche y otros que nos conducen directamente a Weber en la paradójica influencia que este espíritu de desprendimiento pudo tener en la configuración del mundo capitalista.

En una de las cartas a su hermana, que llevaba en religión el nombre de Madre Benedicta, se anima a decirle, en contradicción con todos los dogmas de fe que la buena Madre debía llevar delicadamente sobre su corazón: "Encuentro las religiones primitivas de la Ariana Vaëja mucho más coherentes y razonables y al mismo tiempo más simples. Todo Ario estaba a salvo y subía a la jerarquía divina por el sólo efecto de la pureza de su raza; todos los otros, negros, fineses, terminaban en la nada por la misma causa; no se imaginaba que un error o una falta de un momento entrañaba un castigo eterno, castigo seguramente desproporcionado, inexplicable e injustificable. Para mi uso, adopto esta manera de ver y considero como apariencias molestas y fastidiosas, pero puramente transitorias, a todos los imbéciles, bribones y sinvergüenzas que conducen el mundo y lo llenan" (cit. por Rey, *op. cit.*, pág. 217).

Para una posición que en la explicación del origen de las civilizaciones adopta una tesis decididamente racial y biológica, el papel que puede desempeñar la religión cristiana a fuer de deslucido, tiene una relación más estrecha con la idea de degeneración que con aquellas fuertes premisas que engendran la pasión por los ideales heroicos. El cristianismo parece más bien una astucia de las naturalezas débiles para preservarnos de las enojosas consecuencias del riesgo que conduce a la hazaña.

Indudablemente, Gobineau invertía la relación que existe entre el ánimo y el espíritu y hacía depender los valores espirituales del ímpetu vital que provenía de la carne, como si no fuera el Espíritu el que se hacía carne, sino la carne la que se convertía en espíritu. La raza aria debía estar dotada de una encarnadura muy especial que la hacía preferir la intemperie al resguardo, el riesgo a la seguridad y la muerte en el combate a la instalación placentera en el Jardín de las Hespérides. Admito que la imaginación puede incendiarse con el espejismo de otra vida que sea la continuación sensible de un eterno goce de la inmortalidad corporal. Gobineau fue un gran admirador de Mujamad y del

pueblo árabe y probablemente creía que la proyección ilusoria del impulso erótico era la prueba fehaciente de ese temperamento vital que había dejado entre los semitas la semilla aria.

Señalaba Boissel que la atracción que ejercía sobre Gobineau una religión tan poco estimada en la Europa de su época, podía ser causada por su actitud de radical oposición a su siglo y que esta posición contestataria podía estar reforzada en él por su intransigente búsqueda del absoluto. Tocqueville advirtió esta inclinación de su corresponsal y le advertía en una de sus cartas que le parecía tener "una cierta debilidad por el islamismo". Por lo menos así lo hacía notar cuando aseguraba que el "islamismo es una religión que ha hecho mucho bien a la civilización". Tocqueville estaba convencido de lo contrario y le parecía que la prédica de Mújamad era "la causa principal de la decadencia, hoy tan visible, del mundo musulmán y, aunque menos absurda que el politeísmo antiguo, sus tendencias sociales y políticas son, en mi opinión, mucho más temibles. La observo, aun relacionada con el paganismo, como una decadencia y no como un progreso. Creo que podría demostraros ésto con toda claridad si os viniera, en alguna oportunidad, el mal pensamiento de haceros circuncidar" (BOISSEL, *op. cit.*, pág. 159).

Entre estos dos hombres, apenas separados por la distancia de diez años que le llevaba Tocqueville a Gobineau, había diferencias muy profundas que no impedían la amistad ni el mutuo reconocimiento de sus respectivos valores. Tocqueville era un auténtico aristócrata francés, de un trato delicado tanto en los gestos como en los sentimientos y de una percepción muy fina para apreciar los aspectos espirituales de la realidad. El iluminismo había pasado también por su espíritu, pero no lo había despojado totalmente de lo que constituía el fondo cristiano de su conciencia. En cambio, Gobineau no era ya cristiano. Este burgués movido por la nostalgia de una utópica edad de oro, había logrado despojarse de los sedimentos cristianos más elementales y había llenado el vacío dejado por la fe con los restos de un paganismo arqueológico, podrido de literatura.

Nunca logró determinar con precisión lo que entendía por civilización y mucho menos todavía el papel de la religión en el

proceso de la formación práctica del hombre. Gobineau, a pesar de su poderosa inteligencia, tenía una deficiente formación filosófica y era totalmente ayuno en materia de teología, de tal manera que para decir las cosas por su nombre, siempre que habló de religión lo hizo a la luz de conocimientos históricos puramente externos de los cultos y las costumbres, sin penetrar jamás en el misterio de la relación del hombre con Dios. Considero que para él ese misterio no existiría y si en ocasiones advertía su presencia, lo veía tan oscurecido por su incapacidad para penetrar en las honduras de la metafísica que probablemente lo considerara una dificultad oscurecida por la confusión de los sentimientos y no por el carácter supranacional del misterio mismo.

Sin pretender hacerle decir lo que no dijo y convertirlo en un precursor de ideas que Nietzsche desarrollaría en un contexto filosófico más cuidadoso, Gobineau veía en el cristianismo la cartera de muchas de las ideas falsas que se habían levantado con la revolución y haciendo pie en la ruptura con la raza dominante, que la revolución había adoptado como bandera de combate, Gobineau la impugnaba convirtiendo sus argumentaciones y usándolas en sentido contrario. Esto es lo que se llama una reacción típica en política, con la cual cuenta el espíritu revolucionario para poder dar con posterioridad sus dos pasos adelante.

Al no comprender el papel que juega la religión en la formación del hombre civilizado y, por lo tanto, también en los logros de sus actividades espirituales, no estaba en condiciones de atacar la revolución burguesa en el centro mismo de sus preferencias valorativas. Vio con claridad la amenaza que se cernía sobre el tono vital de la existencia y creyó que una defensa denodada del orgullo del hombre blanco podía detener el avance de esa ola de desfallecimiento vital. Sus exageraciones, sus exaltaciones y hasta el tono acervo de sus críticas tienen ese propósito. No es nada extraño que los alemanes hayan visto en él el promotor de una germanofilia que los condujo a una aventura política que, de vivir, Gobineau no hubiera aprobado totalmente, aunque no podemos saber hasta qué punto pudo coincidir con ella. Lo que sí podemos asegurar es que no hubiera escapado al

mote de "colabó", ni a las persecuciones que sus preferencias hubieran suscitado.

Es muy posible que en la imaginaria popular creada por la propaganda contraria a la publicidad nazi, figure como anti-semita. Designación absurda, que un hombre con la inmensa cultura histórica que tenía Gobineau hubiera rechazado como una imbecilidad imperdonable. Sabía, mejor que nadie, que el término "semita" tiene una extensión fundamentalmente lingüística y encierra en su comprensión pueblos de razas bastante diferentes, cuyas características varían según el grado de mestización que hubieran tenido con poblaciones de origen negro o negroide. Ya en directa relación con el pueblo de Israel, sus opiniones estaban muy lejos de ser peyorativas y advertía en la coherencia racial de este pueblo, en su deseo de mantener una cierta pureza étnica, los indicios ponderables de un fuerte tono vital que, de acuerdo con los principios adoptados en su tesis, tenían que provenir de la sangre aria que los judíos conservaban, si no en su total pureza, en una mezcla menos repugnante que las de otros pueblos.

Cuando se quiere explicar, en términos de biología, todas las creaciones que hacen al honor y la dignidad del hombre, es imposible eludir la adoración de fuerzas que son concebidas en términos de energías físicas que no dependen para nada de nuestro arbitrio. Se podría decir, por el contrario, que nuestra libertad depende de ellas y es más una concesión determinista de la naturaleza que una libre opción de la voluntad en el sentido clásico del término.

"Estas fuerzas activas —escribe Gobineau en las últimas páginas de su *Énsayo...*—, estos principios vivificantes o, si se quiere concebirlos bajo una idea concreta, esta alma, que hasta ahora ha permanecido inadvertida y anónima, debe ser elevada al rango de los agentes cósmicos de primer grado. En el seno del mundo intangible, esta alma llena de funciones análogas a las que la electricidad y el magnetismo ejercen sobre otros puntos de la creación y, como estas dos influencias, se manifiesta por sus funciones o, más exactamente, por algunas de sus funciones, pero no se puede aprehender, describir o apreciar en sí misma, en su naturaleza propia o abstracta, en su totalidad" (*op. cit.*, pág. 627).

Que Marx y Engels hayan leído el libro de Gobineau sin dejar en las márgenes del volumen usado ninguna objeción crítica, es claro indicio que no se sentían ofendidos ni por su materialismo ni por su racismo, muchos menos por sus objeciones a la sociedad burguesa de la que ambos escritores darán un pésimo diagnóstico. Gobineau, a pesar de sus pretensiones de abolengo y su disconformismo antidemocrático, estaba en la misma línea de ese descenso "ad inferos" en las explicaciones profundas, que desde Auguste Comte a Freud, pasando por Marx, constituía la tentación más transitada del "estupide XIX^e siècle".